



UWE H. MARTIN

Don Gu en el sector de La Ciudadela, en Tumaco

Carolina Gutiérrez Torres*

Bogotá

El jueves 15 de marzo, a las 6:40 de la mañana, llegó a mi celular un mensaje de Gustavo Colorado, más conocido como Don Gu: un músico de Tumaco reconocido por haber fundado en su pueblo una escuela de música para jóvenes y por tocar con maestría la marimba, el bombo y el cununo. Ese saber le ha valido ocho presentaciones en el Festival Petronio Álvarez y, en 2011, el primer lugar en la categoría de Conjunto de Marimba, junto a la agrupación Cueros y Chontas.

Cuando Don Gu tenía cinco años, una fiebre tifoidea le “debilitó los huesos”, dice él, y lo dejó postrado en una cama por casi una década. En esos años utilizaba los cubiertos y los platos, las paredes y el suelo de su casa para replicar los

sonidos del bombo y el cununo que provenían de los desfiles funerales que pasaban por su casa, ubicada en la Avenida La Playa. En el Pacífico, la gente despide a los muertos con música y cantos, y así fue como Don Gu empezó a afinar el oído y a entrenarse como músico; oficio que, además, había heredado de su bisabuelo materno, Segundo Banguero, un campesino “brujo y hechicero” que también interpretaba la marimba.

A los 16 años, y a pesar de la cojera que le dejó la enfermedad, comenzó a ir al colegio, y lo hacía descalzo porque no soportaba los zapatos. Se encontró entonces “con una enfermedad peor —dice—, la ignorancia de la gente que se burlaba de mí”. Fue entonces cuando se refugió en la música. A los 18 años, se acercó a la Fundación Tumac, una de las escuelas folclóricas de mayor tradición en Tumaco, donde empezó a formarse

y aprendió a construir instrumentos. Por esos días, comenzó a tocar en la agrupación de su colegio, el Instituto Técnico Industrial.

Doce años después, a los 28 años, llegó a vivir junto a su abuela a Villa Las Lajas, donde reinaban el hambre y la pobreza. Se trataba de un barrio nuevo, en el sector La Ciudadela, creado para trasladar a la gente que vivía en los bajamares, amenazados por la marea alta. Con ayuda de su hermana, Consuelo, Don Gu empezó a organizar comidas comunitarias para los niños. Los alimentaba, les tocaba el tambor y la marimba, y les enseñaba pasos de bailes tradicionales. Con el tiempo también los jóvenes empezaron a asistir a los encuentros. Así, poco a poco, Don Gu fue gestando su propia escuela callejera de música. La llamó Centro Cultural Artesanal. No solo se trató de un lugar para tocar instrumentos o cantar, también fue un espacio de expresión en que muchos jóvenes encontraron una alternativa al narcotráfico, tan presente en Tumaco, o a la violencia armada. Hoy Don Gu tiene 44 años y es un líder cultural y social en su pueblo, a pesar de que hace pocos meses tuvo que dejarlo.

LA FUGA

A Don Gu lo conocí en noviembre de 2016, cuando viajé a Tumaco junto con el fotógrafo alemán Uwe H. Martin para hacer un reportaje sobre el Centro Cultural Artesanal. Pasé tres días con él, su esposa y sus dos hijos en su casa de palafitos en La Ciudadela, que aún hoy es una orilla pobre y sin oportunidades. Visitamos a algunos de sus estudiantes, muchos de ellos madres y padres adolescentes que contaban con emoción que la escuela les permitía escapar de su realidad, al menos por unas horas. Todos habían terminado el bachillerato, pero ninguno iba a seguir estudiando. En los suburbios de Tumaco, ir a la universidad o encontrar un trabajo bien remunerado, y legal, es casi imposible.

Después de ese viaje, Don Gu y yo intercambiamos saludos breves a través de WhatsApp. Pero en octubre de 2017, la comunicación cambió de tono. En la primera semana de ese mes, Tumaco había sido escenario de uno de los hechos más violentos ocurridos en el país desde que se firmó el Acuerdo de Paz con las Farc. En medio de un enfrentamiento por la erradicación de cultivos de coca en la zona rural del municipio, miembros de la Policía Nacional masacraron a siete campesinos.

Para ese entonces crecía la indignación de un sector de la sociedad colombiana por el asesinato cada vez más frecuente de activistas sociales y políticos, reclamantes de tierras, líderes de sustitución de cultivos de coca y promotores de paz. Algunas organizaciones y medios de comunicación alternativos comenzaron a llevar registros de los asesinatos y a hacerlos visibles.

El 17 de octubre, Don Gu me escribió: “En mi barrio hubo una balacera de cuatro horas. La gente estaba asustada”. Tres días después, me volvió a escribir diciendo que tenía miedo porque estaban matando líderes sociales. Un día antes de la balacera, cuenta él, habían asesinado a un joven en su barrio.

*Periodista. Jefe de prensa del Centro Nacional de Memoria Histórica